

PAGINA BOLIVARIANA

EL CLARIN DE CANTERAC

Recio batallar el de las caballerías patriota y realista en Junín.

Un solo pistoletazo (que en Junín no se gastó más pólvora) y media hora de esgrimir lanza y sable. Combate de centauros más bien que de hombres.

Canterac, seguido de su clarín de órdenes, recorría el campo: el clarín tocaba incesantemente a **de-güello**.

Ese clarín parecía tener el dón de la ubicuidad. Se le oía resonar por todas partes: era como la simbólica trompeta del juicio final. El clarín español, él sólo mantenía indeciso el éxito.—(Capella Toledo).

Necoechea y Miller enviaron algunas mitades en direcciones diversas, sin más encargo que el de hacer enmudecer ese maldito clarín.

Empeño inútil. El fatídico clarín resonaba sin descanso, y sus ecos eran cada vez más siniestros para la caballería patriota, en cuyas filas empezaba a cundir el desorden.

Necoechea, acribillado de heridas, caía del caballo, diciendo al capitán Herrán (después general y presidente de Colombia):

—Capitán: déjeme morir pero acalle antes ese clarín.

Y la caballería realista ganaba terreno, y un sargento Soto (limeño que murió en 1882 en la clase de comandante), tomaba prisionero a Necoechea poniéndolo a la grupa de su corcel.

Puede decirse que la derrota estaba consumada. El sol de los incas se eclipsaba y la estrella de Bolívar palidecía.

De pronto cesó de oírse el aterrador, el mágico clarín. ¿Qué había pasado?

Un escuadrón peruano, de reciente formación (recluta), digámoslo así, a quien por su impericia había dejado el general relegado, carga bizarramente, por un flanco y retaguardia, a los engreídos vencedores, y el combate se restablece. Los derrotados se rehacen y vuelven con brío sobre los escuadrones españoles.

Necoechea se reincorpora y dice al pelotón de soldados realistas que lo conducían prisionero:

—¿Victoria por la patria?

—¡Victoria por el rey! contesta el sargento Soto.

—¡No! insiste el bravo argentino. Ya no se oye el clarín de Canterac, están ustedes derrotados.

Y así era en efecto. La tornadiza victoria se declaraba por el Perú, y Necoechea era rescatado.

—¡Vivan los húsares de Colombia!—gritaba un jefe aproximándose a Bolívar.

—¡La pin..... pinela!—contestó el Libertador que había presenciado todos los incidentes del combate—vivan los húsares del Perú.

El Capitán Herrán había logrado tomar prisionero al infatigable clarín de Canterac, rendido al General Necoechea. Este, irritado aún con el recuerdo de las recientes peripecias, o exasperado por el dolor de las heridas, dijo lacónicamente:

—Que lo fusilen.

—General....., observó Herrán interrumpiéndolo.

—O que se meta a fraile—añadió Necoechea.

—La empeño, mi General.

—Pues estás en libertad. Haz de tu capa un sayo.

Terminada la guerra el clarín de Canterac vistió, en Bogotá, el hábito de fraile, en el convento San Diego.

La historia lo reconoce con el nombre de **el padre Tena**.

Ricardo Palma (1)

ANECDOTAS DE BOLIVAR

La familia de Bolívar era española, y fue una de las primeras que se estableció en Venezuela.

En el año de 1589 fue nombrado don Simón Bolívar, Procurador General por la ciudad de Caracas en la corte, y además se le encomendó la defensa de los derechos municipales de la ciudad. El rey le confirió el título de oficial Real y Regidor Perpetuo de la Provincia.

La familia de Bolívar disfrutaba de una gran renta y los primogénitos tenían el empleo de Alférez Reales, destino que sólo se le concedía a los hijos de la nobleza.

Don Juan Vicente Bolívar, padre del Libertador, ejerció varios empleos; entre ellos el de coronel de las Milicias Regladas de Aragua. Tenía varios títulos nobiliarios; era Marqués de Bolívar, Vizconde de Coporote (título de que jamás hizo uso) y tenía otros más adquiridos por los merecimientos de los varones de la familia.

(1) Este escritor peruano nació en Lima el 7 de febrero de 1833. Murió el 6 de octubre de 1919.

Además tenía el señorío de las minas de Aroa, concesión que no se había hecho hasta entonces a americano alguno.

Don Juan Vicente Bolívar contrajo matrimonio con doña Concepción Palacios y Blanco. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Juan Vicente, María Antonia, Juana y Simón, quien nació en la ciudad de Caracas. Fue su padrino el Presbítero Doctor don Juan Félix Arizteigueta, quien con permiso de los padres del niño Simón le fundó un mayorazgo.

La casa donde nació Bolívar está situada frente de la Plaza de San Jacinto o sea del Venezolano, entre las esquinas de San Jacinto y Los Traposos.

En el año de 1786 murió don Juan Vicente Bolívar, dejando a su esposa el encargo de que enviase a Inglaterra a sus dos hijos varones para que fuesen educados en un colegio inglés.

Desepués de la muerte de su esposo, la señora Bolívar quiso enviar a Inglaterra a los dos niños; pero se opuso a ello don Feliciano Palacios, padre de la ilustre viuda, diciendo que no quería que sus nietos fueran a Inglaterra por temor de que perdieran el afecto a su familia. En vista de esta oposición fue en su casa paterna donde recibió el niño Simón las primeras lecciones, de los preceptores Carrasco y Vide, Negrete, Rodríguez y Pelgrón.

La enseñanza superior la recibió de los señores Andrés Bello y el Padre Andújar.

Después de la muerte de su madre, acaecida en el año de 1791, el joven Bolívar, a la edad de 15 años, fue enviado a España por su tutor don Carlos Palacios, con el objeto de que completase su educación.

El 10 de enero del año de 1799 se embarcó Bolívar para España en el navío San Ildefonso; cuyo capitán era don José Ariarte Borja. El navío tocó en Veracruz y el joven Bolívar visitó a Méjico, donde recibió muy buen tratamiento del Virrey Aranza.

Unos días después tocó el buque en La Habana y conoció igualmente esta ciudad.

El joven Bolívar llegó a España con toda felicidad; desembarcó en Sontaña y por Bilbao siguió a la capital.

Bolívar vivió en la casa de su tío don Esteban Palacios, quien gozaba de la gracia de los reyes de España; pero desterrado Palacios de Madrid por intrigas de la corte, Bolívar quedó al cuidado del marqués de Ustáriz, a quien tenía un respeto que pasaba a veneración.

El príncipe de Asturias, Fernando, le invitó una tarde en Aranjuez a jugar a la raqueta y dióle al príncipe con el volante en la cabeza, razón por la cual éste se molestó; pero la madre del príncipe de Asturias que estaba presente lo obligó a seguir, diciéndole que desde que él había convidado a un joven caballero para distraerse, se había igualado a él.

¡Quién hubiera dicho a Fernando VII que tal accidente era presagio feliz de que un día le arrancarían la corona de América!

Bolívar pidió en matrimonio a la señorita María Teresa Toro y Alaiza. El padre de la señorita Toro accedió a su petición, a condición de que dejase correr el tiempo, pues Bolívar sólo contaba diez y siete años.

Un suceso desagradable le hizo dejar a Madrid; el Ministro de Hacienda le mandó a registrar en las puertas de Toledo so pretexto de que llevaba un contrabando de diamantes, y Bolívar, que vestía uniforme militar, tiró de la espada contra los guardas y luégo se quejó agriamente al Ministro por tal insulto. En seguida pidió pasaporte para dejar la corte y se fue a Bilbao donde se encontraba la familia de su futura esposa.

A fines de marzo de 1801 pasó a Francia y antes de terminar el año volvió a España y celebró su matrimonio con la señorita María Teresa Toro y A-

laíza. En seguida los jóvenes esposos volvieron a Venezuela, donde fueron recibidos con las mayores muestras de afecto por las hermanas de Bolívar.

El 28 de octubre del año de 1802 la familia de Bolívar se encontraba reunida para celebrar el onomástico del joven Simón. Después del almuerzo se presentó Matea Bolívar aya que fue del Libertador, seguida de ocho criados que llevaban grandes bandejas cargadas de postres y de frutas y otros muchos valiosos regalos que enviaban al amo Simón sus hermanas María Antonia y Juana. La fiel Matea era portadora de una caja de carey incrustada de oro de la que pendía una tarjeta en la que se leía lo siguiente: "A nuestra querida María Teresa, las hermanas de Simón". El Libertador, que era muy curioso abrió la caja que encerraba un lindísimo faldellín de olán, ricamente bordado y guarnecido de magníficos encajes: En la tapa de la caja se leía lo siguiente: "Faldellín con que fue bautizado el niño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar el 30 de julio de 1783".

Esto no me corresponde a mí sino a tí, dijo Bolívar, entregándoselo a su esposa, que ruborizada como una colegiala no sabía qué decir ni cómo dar las gracias por el regalo. Este fue muy alabado por los parientes y por los amigos y sobre todo por haber sido hecho el regalo el veintiocho de octubre. Los meses que pasaron después de este día fueron muy felices, pues los esposos Bolívar se amaban tiernamente; ¿quién hubiera dicho que aquel idilio se iba a convertir en catástrofe?

Pocos meses después sufrió María Teresa una caída en su propio dormitorio a consecuencia de haberse enredado los pies en la cola de la bata que llevaba; cayó de espaldas recibiendo tan fuerte golpe que cuando la levantaron del suelo vieron que había perdido el sentido.

Como resultado del accidente desgraciado se

le declaró una fiebre ardiente. Los síntomas eran cada vez más alarmantes y apremiaban los momentos, con ellos sobrevino la pérdida de todo un mundo de ilusiones y esperanzas tan deseadas para Bolívar y su familia; y a pesar de los esfuerzos del amor y de la ciencia por salvar a María Teresa, ésta murió al quinto día de su enfermedad.

Algunos aseguran que los médicos no conocieron el carácter de la fiebre y que la trataron como si fuera fiebre....

Cuando llegó el momento de vestir a la muerta, Bolívar suplicó a su hermana que le pusiera un magnífico vestido de brocado de seda blanca bordado en plata que ella, es decir María Teresa, había traído de España. Cuando Bolívar de Clemente abrió el escaparate para sacar el vestido, cayó al suelo una caja y Bolívar, que en aquel momento se encontraba arrodillado al lado del cadáver de su esposa, sintió el golpe y corrió a ver lo que ocurría; vio el faldellín, el conocido y gracioso faldellín, que se había salido de la caja. Bolívar lo alzó con la mayor prontitud y dijo a su hermana: "Anthonia: puesto que era de ella hagamos que lo lleve en su ataúd".

La señora Bolívar de Clemente se arrojó llorando en los brazos de su hermano y le dijo: "Simón, tu voluntad será cumplida".

Dos horas después de esto se encontraba el cadáver de la señora Bolívar tendido en un magnífico lecho cubierto de ricos paños de raso orlados de riquísimos encajes. La linda joven vestía el rico traje de brocado blanco, y su bellísima cabeza reposaba sobre una lujosa almohada forrada en damasco blanco a la que habían hecho una lujosa funda con el faldellín con que se bautizó a Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar.

El amante esposo cubría de besos y de lágrimas el pálido semblante de la muerta, y de vez en cuando besaba dulcemente, como quien besa a un niño

recién nacido, la funda que cubría la almohada, como si aquella prenda le trajera recuerdos de días no lejanos en que todo había sido para él dicha y esperanza. En medio de su dolor, Bolívar decía: “Yo contemplaba a mi mujer como a un sér divino. El cielo creyó que le pertenecía y me la arrebató porque no era creada para la tierra”.

Inescrutables son los designios de la Providencia; si Bolívar hubiera tenido esposa e hijo, tal vez no hubiera podido llevar la bandera que la Providencia le tenía destinada para que la condujera desde las floridas riberas del Guaire hasta los lindes del Perú, que constituye un monumento eterno levantado a su memoria.

Antonia Estelier Camacho Clemente Bolívar

EL LIBERTADOR A LOS COLOMBIANOS

“Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna, y aun mi tranquilidad. Me separé del mundo, cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: mi discreción y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono. Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo de hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debemos trabajar por el bien inestimable de la Unión; los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al Cielo, y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

COLOMBIANOS! Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.”

Simón Bolívar

Yo infrascrito escribano público certifico: Que el Exmo. Señor Libertador de la República de Colombia, a mi presencia y la de los Sres. Ilustrísimo obispo de esta diócesis Dr. José María Estéves, general comandante de armas de Santa Marta José María Carreño, general de división Laurencio Silva, el auditor de guerra y marina del pedto. Dr. Manuel Pérez de Recuero, el coronel José de la Cruz Paredes, el coronel Belford Wilson, edecán de S. E., el coronel de milicias de Santa Marta, Joaquín Mier, el primer comandante de milicias de Barranquilla y Soledad Juan Glen, el juez político de Santa Marta Manuel Ujueta, el médico de cabecera, de S. E. el Libertador Dr. Alejandro Próspero Révérend, el capitán Andrés Ibarra, edecán de S. E., el capitán de la guardia E. Lucas Meléndez, y el teniente de la misma guardia José María Molina, firmó la anterior alocución que dirige a los colombianos en su entero y cabal juicio el día 10 de los corrientes después de haber recibido los auxilios espirituales en la Hacienda de San Pedro Alejandrino, una legua distante de Santa Marta. Y para constancia firman los referidos Sres. en la indicada hacienda, a once de Diciembre de mil ochocientos treinta. — José María, obispo de Santa Marta. — Mariano Montilla. — J. María Carreño. — José L. Silva. — M. Pérez de Recuero. — José de la C. Paredes. — B. Wilson, edecán de S. E. el Libertador. — Joaquín de Mier. — Juan Glen. — Manuel Ujueta. — Alejandro Próspero Révérand. — A. Ibarra, edecán de S. E. el Libertador. — Lucas Meléndez. — José María Molina. Ante mí: José Catalino Noghera, escribano.

Copia del original que me remito. Y por orden del Sr. general comandante general del departamento Mariano Montilla para asuntos del servicio, certifico y firmo la presente en este pliego papel del sello de oficio, en Santa Marta a once de Diciembre de mil ochocientos treinta.

José Catalino Noguera,
Escribano de oficio.

PARTE DEL SR. GENERAL COMANDANTE GENERAL DEL DEPARTAMENTO.

Nº. 255. — Comandancia General del Magdalena. — Cuartel general en Santa Marta, a 17 de Dic. de 1830, a la una y media de la tarde. Al Sr. prefecto del departamento. ¡El Excmo. Señor Simón Bolívar ha pagado hoy a la naturaleza el precioso tributo de su importante vida, y Colombia acaba de perder para siempre a su Libertador..... a su Padre... a su mejor y más ilustre Ciudadano!!!!!! Con profundo dolor de mi corazón tengo que ser el órgano de tan infausta nueva, santos deseos que deben ser una ley sagrada para nosotros, y desgraciados si llegamos a violarla: la ruina nacional sería el más infalible resultado, y Colombia terminaría su existencia con la de su Ilustre fundador.

Ciudadanos:

El LIBERTADOR, al dejarnos para siempre, nos encarga que nos unamos, que trabajemos todos por el bien de la Unión y obedezcamos al actual gobierno para libertarnos de la anarquía. Correspondamos, pues, a su encargo, marchemos unidos, y juremos sobre su tumba ser fieles a los deseos que le inspiraron sus últimos votos por la felicidad de la Patria. Así honraremos su memoria y satisfaremos una inmensa deuda de gratitud.

Cartagena, Dic. 21: 1830.

Juan Francisco Martín

EL GENERAL COMANDANTE DE ARMAS DE LA PLAZA Y PROVINCIA A LAS TROPAS QUE LA GUARNECEN

SOLDADOS: Murió el Sol de Colombia. Sus rayos bienhechores dejan ya de alumbrar a esta tierra desgraciada.... Murió el PADRE DE LA PATRIA el ilustre BOLIVAR; y cien años de luto no son suficientes a demostrarle toda nuestra gratitud, todo nuestro amor, todo nuestro agradecimiento!!

SOLDADOS! Vosotros sabéis lo que ha perdido Colombia en su Libertador: un Padre amoroso; un soldado fiel; un sabio Magistrado; el mejor protector de la humanidad.

SOLDADOS! Nuestro LIBERTADOR, confiando siempre en vuestro patriotismo, en vuestras virtudes y en el cariño que le habéis jurado, os hace una súplica que hallaréis consignada en su última voluntad. No es posible que vosotros la desatendáis; honrad su muerte, pues a la vez que llenáis este deber sagrado, la Patria reportará mil bienes de vuestra sumisión. Yo os lo ruego, y seré el primero en sujetarme ciegamente a la postrera disposición del Benefactor de Colombia.

Cartagena, Dic. 21: 1830.

Ignacio L. de Luque

PROCLAMA

Rafael Urdaneta, encargado del Poder Ejecutivo, etc.

COLOMBIANOS: Agobiado por el peso del dolor, me esfuerzo, no obstante, por cumplir con el más triste de los deberes como magistrado, como ciudadano, como amigo. Os anuncio que ha dejado de existir el más ilustre de todos los hijos de Colombia, el LIBERTADOR, el Fundador de tres Repú-

blicas, el inmortal Simón Bolívar. Después de haberse agotado hasta las últimas heces del cáliz la amargura acompaña a V. S. copia certificada de los últimos boletines recibidos en el estado mayor desde las nueve de la noche de ayer hasta la una de la tarde en que expiró S. E. Dios guarde a V. S. — Por orden del Sr. Comandante general que se halla en San Pedro. El jefe del E. M. D.,

P. Rodríguez

ORDEN GENERAL PARA EL 17 DE DICIEMBRE DE 1830

Art. — 2. — Es la una de la tarde, y Colombia acaba de perder para siempre a su LIBERTADOR Y PADRE. Si grande y magnánima fue la vida del Genio de nuestra Independencia y Libertador, su muerte ha sido la de un verdadero Héroe. Qué sufrimiento! qué constancia! qué tranquilidad de espíritu!!! Un espacio inmenso se ha interpuesto ya entre COLOMBIA y su LIBERTADOR; nada podrá calmar la dura pena de los Colombianos..... El ejército, esa parte preciosa del pueblo que tantos días de gloria ha dado a la Patria, ya no verá más al frente de sus banderas al Varón ilustre que por el camino del honor y de la victoria lo condujo al templo de la inmortalidad. Soldados: un eterno adiós nos ha dicho nuestro LIBERTADOR, nuestro General, y al separarse de nosotros nos ha dirigido los siguientes palabras:

Simón Bolívar, Libertador y Presidente de Colombia,
A los soldados del Ejército Libertador.

Soldados: La paz debió ser el fruto del armisticio, que va romperse porque la España ha visto con indolencia los horrorosos tormentos que padecemos por su culpa.

Las reliquias del poder español en Colombia, no pueden medirse con la fuerza de veinticinco Provincias libres que habéis arrancado del Cautiverio.

Colombia espera de vosotros el complemento de su emancipación: pero espera aún más y os exige imperiosamente que en medio de vuestras victorias seáis religiosos en llenar los deberes de nuestra Santa Guerra.

Siempre he contado con vuestro valor y disciplina. Vuestra obediencia me anticipa la satisfacción de la nueva gloria con que vais a cubriros.

Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasión que sentiréis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestros rostros la alegría que inspira la Libertad y la tristeza que causa una victoria entre hermanos. ¡Soldados! Interponed vuestros pechos entre los rendidos y Vuestros Amos Victoriosos y mostráos tan grandes en generosidad como en valor.

Cuartel General Libertador a 17 de abril de 1831.

Este precepto, esta ley pronunciada sobre el sepulcro por el Fundador de Colombia, será para el ejército una regla inviolable, y desgraciado de aquel que desobedezca tan saludable mandato! La sombra del Libertador le buscará por todas partes, y no podrá sufrir los remordimientos que le acompañarán. El General comandante general, Mariano Montilla. Es copia. Rodríguez.

Juan de Francisco Martín,

Prefecto del Departamento, etc., etc.

Pueblos del Magdalena:

Penetrado del más acerbo dolor, lleno hoy el más triste deber: EL PADRE DE LA PATRIA ya

no existe..... Las calamidades públicas y la horrible ingratitude de sus enemigos le han conducido al sepulcro el 17 de los corrientes a la una de la tarde. El ha muerto víctima de su consagración a la Patria. Un fin prematuro ha sido el premio de sus heroicos sacrificios; y las lágrimas de sus fieles amigos y el tardío arrepentimiento de sus gratuitos enemigos, no podrán ya volver la vida al que tantas veces la dio a Colombia. La lápida que cubra sus restos venerables le separa para siempre de nosotros. En los momentos que el grito nacional vindicaba llamándolo como la única esperanza de la Patria, la muerte nos lo arrebató, y el Cielo ha recibido ya al Bienhechor de un mundo.

Ciudadanos:

El LIBERTADOR os ha consagrado hasta sus últimos instantes de su preciosa existencia. Oíd su voz y respetemos con santo recogimiento sus postremos deseos, que le ofreció la suspicacia de algunos conciudadanos suyos, ha pasado a la región de las almas, dejando un vacío inmenso en Colombia, en América, en el orbe civilizado.

COLOMBIANOS: Las pasiones contemporáneas, aun las más encarnizadas, deben darse ya por satisfechas. Bolívar no pertenece de hoy más sino al dominio de la historia; y mientras ella le asigna en sus páginas el prominente lugar a que le han hecho acreedor sus relevantes servicios a la causa de la humanidad, nosotros, los que tenemos la desgracia de sobrevivirle, debemos reunirnos en torno a su tumba helada, a llorar la pérdida que hemos hecho, a meditar sobre la situación de Colombia, y prestarle los auxilios de que tanto necesita la Patria para revivir.

COLOMBIANOS: Deseoso de que no se malogren los esfuerzos inauditos de aquel Varón esclarecido por la independencia y la libertad de nues-

tra tierra, me ocupo actualmente de dictar aquellas medidas que demandan el respeto y bienestar de los que viven sometidos al gobierno nacional, y de negociar con los que no lo están los medios de llegar a un movimiento amistoso, que tenga por resultado reorganizar a Colombia y presentarla de nuevo a los ojos de las naciones en su pasado, majestad y esplendor. En nombre de la independendia y de la libertad, convido a todos los que abriguen en su pecho sentimientos nobles y generosos a que coadyuven a la bella empresa de restaurar a Colombia. Venid, pues, Colombianos, al templo de la concordia, venid conmigo a darnos un abrazo fraternal. Sólo así evitaremos que el país sea patrimonio de la anarquía más espantosa y devoradora que jamás vieron los siglos.

Bogotá, Enero de 1831.

Rafael Urdaneta

EL MOMENTO HISTORICO

Después de la Batalla de Ayacucho, cuando Bolívar fue con efusivo entusiasmo a felicitar personalmente al héroe que con tan incomparable triunfo había colocado al rayo que faltaba al Sol de la libertad del mundo, salió a encontrarle el gallardo vencedor, acompañado de varios de los que con él habían contribuído a rendir airoosamente la memorable jornada.

A su vez Bolívar venía acompañado de varios de sus tenientes, ansiosos de estrechar la mano del guerrero cumanés. Al avistarse las dos comitivas, éstas se detuvieron y Bolívar y Sucre, aguijoneando sus corceles se destacaron a encontrarse en el centro de los dos grupos.

En llegando a pocos pasos de distancia, Bolívar echa precipitadamente pie a tierra y avanza hacia

Sucre. Este, sorprendido por la evolución, se apea a su vez, más en la prisa con que lo hace, y por anonadamiento que experimenta, se le enreda una correa de la espada en el pico de la montura y al peso de la empuñadura cae la hoja al suelo entre los dos batalladores. Bolívar la recoge primero, y prestándola a su distinguido colaborador le dice, notando su turbación:

—¿Qué es eso, Sucre?

—Nada, señor, responde el interpelado; es que ante Vucencia, hasta la espada del vencedor se rinde.

Y los dos héroes se confundieron en largo y estrecho abrazo.

(J. S. M.)

SIMON BOLIVAR NO MURIO DE TUBERCULOSIS SINO DE CANTARIDISMO, DICEN LOS MEDICOS HOY

Santa Marta, (Colombia). — SIN. — Con motivo del centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar, que se cumple el próximo 17 de diciembre, el médico de Santa Marta, doctor Eduardo Urueta, ha publicado el siguiente artículo en el cual sostiene que el Libertador no murió — como lo sostiene la autopsia del cadáver y las afirmaciones del doctor Reverend — de tuberculosis pulmonar sino de cantaridismo a quien, a causa de las numerosas cantáridas, (acostumbradas por la medicina en esa época que le impuso el médico francés). El interesantísimo artículo del doctor Urueta se encontrará a continuación:

“El doctor Alejandro Próspero Reverend escribió en su diario de la última enfermedad del Libertador, al pie del lecho en que agonizaba aquella vida extraordinaria. Y antes de esos “boletines” na-

da se encuentra en la literatura boliviana la grande y la pequeña, que pueda servir de "anamnésicos" en un diagnóstico retrospectivo de este morbo final. Acaso esa carencia de datos sobre su morbilidad se deba a lo increíble que era él en médicos y medicina, y al poco trato que quiso tener con ellos. Actitud bien justificada en esa época en que tan fácil era enterarse de lo vacuo y lo ridículo que andaba el arte de curar, en manos de los "Sangredos y Purgones", que tan desrestigiado traían el oficio.

Sólo sabemos que cuando camino del ostracismo, emprende aquel viaje a la Costa, que sería el último, ya es "Véspero declinante". Harto de ingratitudes y doliente de espíritu y de cuerpo toca en Cartagena donde lo alcanza la nueva del asesinato del Mariscal de Ayacucho, que fue para su corazón el golpe maestro de la infamia. Allí se le agotan las últimas energías físicas a aquel dinamo humano en que el martillar de la acción había sido incesante, y en esa postración es trasladado a Santa Marta.

Así lo toma el famoso Diario de Reverend en que se cuenta de cómo S. E. el Libertador arribó a este refugio generoso en el bergantín nacional "Manuel"; que vino a tierra en una silla de brazos por no poder caminar; que tenía la voz ronca y una tos profunda con esputos viscosos de color verdoso; que le pareció al médico hallarlo afectado de tisis pulmonar, opinión que fue también la del doctor Night, cirujano de una goleta americana, llamado en consulta; de cómo transcurrieron los diez y siete días que persistió el mal; y, finalmente, la autopsia comprobando el diagnóstico hecho "ante-mortem".

Aunque es innegable que eso de la tisis se acomoda muy bien a esta singular figura que la iconografía nos presenta tan menguada de carnes y de quien se sabe que "prendió la bujía por ambos cabos", es también cierto que la relación clínica de los "boletines" de Reverend no es suficiente para ase-

gurarlo. Ocupado de largo a largo por detalles insignificantes, este peregrino documento, único guía en esta excursión de "arqueología médica", carece por completo de los datos nosológicos requeridos para la comprobación del diagnóstico de tuberculosis pulmonar.

Pero si bien esas páginas dan poca luz sobre la dolencia que lo postraba en el lecho, en cambio sí son claras y precisas sobre otra afección que se ve aparecer en esos días en los órganos urinarios del augusto enfermo, y que marcha al margen de aquella no como su complicación o agravamiento natural, sino como una entidad independiente. En efecto: a la luz de lo que ahora se sabe de "cantárida y vejigatorios", y que se ignoraba entonces, el ojo clínico moderno se dará cuenta de que hubo allí una "intoxicación cantaridiana", que vino a ser la causa directa que extinguió aquella vida egregia. El morbo mortal se declaró tras los seis vejigatorios que el bueno de don Alejandro Próspero le plantó a S. E. el Libertador con el laudable empeño de provocar una derivación saludable sobre lo que él creía "ser un efecto de la supresión de la expectoración y que la materia morbífica por un movimiento metastásico del pecho subía a la cabeza". Teorías médicas de aquel tiempo.

Dice el Diario de Reverend:

Que el 11 de diciembre en la tarde se le puso "un vejigatorio" en la nuca, que se le quitó por la noche para ponerle "otro en el mismo sitio" (es decir sobre la desolladura del anterior, lo que favorecía la absorción de la cantárida del segundo). Esa tarde apareció el primer síntoma urinario, donde antes no había ninguno; "ardor en la orina". En la mañana siguiente, "orines involuntarios" con sensación de ardor". Y así por cuatro días, acentuándose la incontinencia y escaseando la cantidad, hasta el 16

en que declara: "los orines están parados". Este anuario sobrevino en seguida de los "dos vejigatorios" que le aplicaron en las pantorrillas la noche del 15, los cuales se arrancó el enfermo a media noche, por lo cual se le aplicaron "dos más" en los mismos puntos. El boletín de la noche siguiente informa: "que ha echado orines ensangrentados". Esta hematuria cierra el cortejo sintomático de "cantaridismo agudo". Muere al otro día con "supresión total de orines". — A la autopsia, "la vejiga enteramente vacía y pegada al púbis".

Dice la "Terapéutica" de Manquat:

Que la cantaridina, principio activo de la cantarida, disuelta en la serosidad del vejigatorio se absorbe y puede dar lugar a fenómenos generales. Es un veneno activo que se elimina rápidamente por los riñones, provocando **fenómenos inflamatorios en los órganos géni-uritarios**. En los casos más acentuados **las orinas se vuelven sanguinolentas, disminuyen y no es raro que sobrevenga** la anuria completa. Se han publicado observaciones de intoxicación cantaridiana por vejigatorios. Puede decirse que un vejigatorio, siquiera de 10 centímetros, que se deje 12 horas no cause algún daño. Y, por último, la muerte puede sobrevenir a consecuencia de un vejigatorio.

El héroe máximo de la epopeya murió de cantaridismo agudo y no de tuberculosis pulmonar, como la posteridad viene creyendo. Tan notable error médico proviene de que cuando el relato del doctor Reverend vio la luz pública, aún no se había dado cuenta de los malos efectos del uso de los vejigatorios, que andaban en boga como elementos de curación. La tesis del galeno francés quedó aceptada sin reparos. Y aunque posteriormente se han vuelto a publicar esos "boletines", probablemente no han pasado bajo el ojo de los entendidos, puesto que has-

ta ahora no se ha intentado la rectificación de esta interesante hoja de la historia.

Y que esa aclaración no mengüe en nada la veneración cariñosa en que tiene nuestra alma colectiva la memoria de Alejandro Próspero Réverend que con tanto celo y fervor veló los últimos instantes del gran hombre. Echemos el pecado a las doctrinas médicas reinantes. Y por asociación de ideas viene el dístico que disculpa los desafueros de los conquistadores de América:

“Su atroz codicia, su insolente saña
Crimen fueron del tiempo, no de España”.

Doctor **Eduardo Urueta**

EL ULTIMO SUSPIRO DE UN HEROE Y LA ULTIMA CAMPADA DE UN RELOJ

Retrocedamos ochenta y tres años y dirijamos la mirada a la hospitalaria ciudad de Santa Marta, teatro de los sucesos que me propongo narrar.

El 10. de diciembre de 1830 arribaba a Santa Marta, un barco que traía a bordo un precioso viiente, que fue prontamente desembarcado (a las siete y media de la noche) y conducido en silla de manos, con grandes precauciones y cuidados, a una habitación que para recibirle había sido preparada de antemano.

Al pasar la silla de manos y su acompañamiento por las sombrías calles, advertíanse grupos de individuos que, después de descubrirse con muestras de respeto y veneración, iban a colocarse silenciosos al lado de los que formaban el cortejo, cambiando algunos breves saludos. Quién iba allí en esa silla de manos? Por qué aquel cuidado, aquel celo, aquel profundo respeto de los acompañantes? — Voy a decíroslo en gracia a vuestros deseo y para satis-

facer vuestra curiosidad: el que iba allí era un hombre moreno (de regular estatura, más bien mediana, facciones un tanto demacradas pero enérgicas e interesantes; su amplia frente estaba profundamente surcada por algunas arrugas, sus ojos negros tenían una expresión melancólica que revelaba ocultos pesares. Todo el conjunto de aquel personaje dejaba adivinar en él un hombre singular, un sér superior, un genio, un héroe. Su nombre había en mil campos gloriosos resonado, despertando encantrados sentimientos: en unos, admiración, entusiasmo, aprecio; en otros, odio, anonadamiento, temor. Sus hechos son las páginas de oro, sangre y libertad de nuestra historia: su efigie se levanta majestuosa en plazas, parques y edificios públicos; la lira del poeta ha vibrado sonora para cantar sus alabanzas y sus glorias; la oratoria, con el lenguaje más pomposo y sublime, ha relatado sus hazañas y enumerado sus eximias virtudes. En fin, aquel hombre es la libertad personificada, la cristalización del heroísmo: era Simón Bolívar.

Llegaba a Santa Marta este esclarecido varón, después de haber estado en Barranquilla, a donde había sido llevado con la esperanza de que la variación del clima, el reposo y la tranquilidad que aquella tierra le proporcionara, calmaría sus dolencias y vigorizaría su espíritu bastante decaído por grandes sufrimientos físicos y morales.

El médico francés, doctor Alejandro Próspero Réverend, desde la llegada del Libertador a Santa Marta le prodigó los más importantes servicios, así de profesión, como personales. El fue su médico de cabecera; al examinar al Libertador lo encontró muy malo; su organismo muy delicado, el pulso irregular y débil, la voz ronca, la tos profunda, y sobre todo muy flaco y estenuado (1) la pena moral hacía estragos tanto en su alma como en su cuerpo. Al preguntar los amigos del Libertador

al doctor Réverend el resultado de su examen, nos refiere la historia que éste les comunicó francamente sus temores, augurando un fatal desenlace. Esta noticia desconcertó de tal modo a aquellos leales y valientes amigos, que todos mostraron en su semblante manifestaciones inequívocas de profunda tristeza; y a tal punto desgarró los ánimos la terrible nueva, que nos cuenta la historia que el general Mariano Montilla, no pudiendo soportar el peso abrumador de su dolor lo exteriorizó dejando escapar de sus labios, con la franqueza e ingenuidad del soldado, la más popular de las interjecciones castellanas, enjugando gruesas gotas de llanto..... Algo grandioso revelan las lágrimas que se resbalan sobre la tostada mejilla de los héroes; el llanto de los que tantas veces han desafiado la muerte con una vaga sonrisa de desprecio, de los que sienten hambre y fiebre en el cuerpo, porque llevan en el alma hambre y fiebre y sed de libertad, es algo abrumador como el llanto de las rocas.....

Montilla lloraba porque Bolívar agoniza, es Colombia que llora porque su grandeza se marchita.... Oh! el llanto de los fuertes refresca los laureles cosechados al calor de los rayos del combate.

En la tarde del seis fue trasladado el Libertador a la quinta de San Pedro Alejandrino cercana a la ciudad, a donde fue llevado por la generosidad de su amigo, el caballero español, don Joaquín Mier Benítez, dueño en aquel tiempo de la quinta. Se le instaló allí en un pequeño salón en el que había una cama, una hamaca y una pequeña biblioteca que para uso exclusivo de Bolívar había comprado el señor Mier (2).

En la quinta se sintió al principio bien, debido quizás a la pureza del aire que respiraba, embalsamado con el perfume de los árboles frutales del jardín, por el cual paseaba a la sombra de los frondosos cocoteros, dominado casi siempre por la me-

lancolía y el abatimiento. Con todo, allí volvió a verse su rostro animado por la alegría; el Libertador recobró la esperanza de su curación y con el doctor Réverend y demás amigos que lo acompañaban proyectó, entusiasmado, un paseo a la Sierra Nevada de Santa Marta, para disfrutar por algunos días de la bondad de aquel clima milagroso en medio del trópico. Desgraciadamente este bienestar duró muy poco; era la aparente calma momentánea, la bonanza que precede a las grandes catástrofes! Los días del Libertador estaban contados; aquella poderosa lumbrera de la libertad estaba dando los postreros fulgores antes de extinguirse para siempre! Aquel hermoso sol que había disipado las sombras que cubrían el suelo de la patria, y que con su luz y calor había vivificado, estaba próximo a su ocaso! y en tanto que aquel astro se eclipsaba, el horizonte de Colombia se entenebrecía; a su cielo, hasta entonces despejado y purísimo, bajaban espesos nubarrones; ¡la anarquía se presentaba amenazante!

Mientras los amigos del Libertador contaban angustiados los días de vida que le habían calculado y veían, llenos de estupor que el instante supremo se acercaba, de muchas partes de la Nueva Granada, de Venezuela y del Ecuador volvían la mirada suplicante hacia aquel hombre-genio implorando su protección y su apoyo. Creían que era el "árbitro del bien" y en él fincaban la última esperanza. ¡Oh extrañas y sublimes coincidencias las de la vida humana! La patria amenazada de muerte y ya expirante, dirigía la mirada hacia su padre, y éste, moribundo, la elevaba hacia Dios!

El día 8, el Libertador se sintió bastante mal. Su sistema nervioso estaba tan excitado que se puso de mal genio; todo le incomodaba, hasta la presencia de sus mismos amigos. Sin embargo la vivacidad habitual no se había extinguido del todo; a veces tenía momentos lúcidos, y entonces era jovial

y comunicativo. Al doctor Réverend le preguntó con cierta extrañeza: “¿Qué vino a buscar usted a la América?”. — “La libertad”, le respondió éste. — “¿Y usted la encontró?” — “Sí mi general”. — “Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado”. (3).

El el lecho del dolor y en medio de los grandes sufrimientos que acibararan su vida, es donde se nos pone de manifiesto, se nos descubre la nobleza de alma y el temple de carácter del Libertador, contaba que en toda su enfermedad jamás se había escapado de sus labios una palabra, un solo acento que revelase odio, ni siquiera mala voluntad para los que con su ruín proceder lo llevaban prematuramente a la tumba. Sobre este particular dice el mismo doctor: “Solamente sí estas palabras escapadas en medio del delirio producido por la fiebre: “Vámonos..... vámonos..... ya esta gente no nos quiere en su tierra..... lleven mi equipaje a bordo”.

Sólo en medio de la exaltación producida por la fiebre, deliraba Bolívar realidades y revelaba la causa eficiente de todos sus males, de todas sus aflicciones, pues su alma noble en extremo, y sus generosos sentimientos no le permitían descubrirnos cuando se hallaba en su sano juicio, en estado de reposo. (4).

Soñaba Bolívar con un viaje, pues él, saturado de amargura y desengañado de los hombres como se encontraba perdidas todas sus ilusiones y esperanzas, prometió alejarse de la tierra patria; y sólo las instancias y ruegos de algunos amigos lograron hacerle retardar su viaje. El afán del Libertador en partir de este suelo, tenía por móvil abandonar el campo a sus enemigos, que tanto lo martirizan con dardos envenenados de la calumnia, y quizás para no ver la ruina de Colombia, pues en carta fechada el 25 de septiembre para uno de sus ami-

gos de Bogotá, don Estanislao Vergara, le decía entre otras cosas: "Yo no puedo, mi amigo, ni debo mandar más, pues todas las razones que tengo para ello se fundan en una sola: yo no espero salud para la patria". Por todo esto, el Libertador sólo ambicionaba ir a buscar en tierra extranjera la paz y el reposo de que tanto necesitaba, y que su patria no podía proporcionarle. Deliraba Bolívar con los preparativos de su viaje, mas cuán largo lo iba a emprender!..... La nave que había de conducirlo se acercaba lentamente, impulsada por una brisa helada..... ¡Las playas anchurosas de la eternidad lo esperaban!

El día 10 manifestó deseo de estar solo por algún tiempo; comprendía que su hora final estaba cerca, y solicitaba una entrevista al Señor de los Ejércitos, quien se dignó aceptarla. El Libertador, en medio de sus más brillantes triunfos y de las más grandes alegrías al verse aclamado y victoreado por los pueblos que había hecho surgir a la vida independiente con el poder de su genio y de su espada, jamás se olvidó de que existía un Ser Omnipotente que regía los destinos del Orbe y pesaba en la balanza de su infinita justicia todas las acciones humanas, buenas o malas. Así pues, reconcentrado en sí mismo y con la fe del genio y del creyente, confirió con el Supremo Bien y le descubrió todas sus amarguras y desgracias para que El, el único capaz de mitigarlas, le diera un lenitivo de su fuente de ternura y amor. Una vez preparado el Padre de la Patria, recibió del Prelado, señor doctor José Faría Esteves, los sacramentos de la penitencia, comunión y extremaunción con la más profunda reverencia. Digno de contemplarse es el momento solemne en que el ínclito varón recibe la Majestad; vedlo reclinado en su butaca, juntas las manos, doblegada respetuosamente la arrogante cerviz y sus ojos generalmente entornados; quién negará la hermosa

imponencia de este cuadro sublime que conmovió a todos los circunstantes? Aquel hombre grande entre los grandes de la tierra, aquel gran capitán, pleno de glorias, coronado con el laurel del triunfo oprime contra su dolorido corazón al Redentor de los hombres.

Después de esta escena majestuosamente bella el Libertador otorgó su testamento. Luégo volviendo su mirada a la patria abatida, a esta tierra que tanto había amado, a cuyo engrandecimiento había consagrado su existencia y sus esfuerzos de veinte años, con la única ambición, la única esperanza de verla figurar pura y gloriosa entre naciones de la tierra se despidió de ella dándole su último adiós con frases rebosantes de generosidad y de perdón, en aquella mágnica proclama que todos conocemos y que fue leída al pie de la butaca misma en que yacía el enfermo, en medio del círculo formado por los señores generales Mariano Montilla, José María Carreño y Laurencio Silva; los señores Joaquín Mier, Manuel Ujueta y algunos otros.

Todas estas personas se encontraban en medio del más absoluto silencio, último recurso del alma en las supremas amarguras; todos los corazones latían acongojados. El Notario Catalino Noguera, dice el doctor Réverend, pasó en medio del grupo y dio principio a la lectura de la alocución, pero vivamente emocionado, las palabras se ahogaban en su garganta, por los sollozos que se escapaban de su pecho, y sólo pudo llegar a la mitad, de donde le fue imposible seguir adelante, por lo cual le cedió el puesto al doctor Manuel Recueros quien logró terminar la lectura. Al acabar de pronunciar las últimas palabras, "ya bajaré tranquilo al sepulcro", Bolívar, desde su butaca dijo con voz ronca: "sí, al sepulcro, es lo que me han proporcionado mis conciudadanos..... pero los perdono. ¡Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan u-

nidos". Inútil pretender describir la impresión causada por estas palabras con que el Libertador corroboraba las últimas de su alocución ; las miradas de aquellos generales se empañaron con el rocío del alma..... Pero qué más palabras? Aquí se necesita sentir, no describir.

.....

La agonía del Libertador fue bastante larga. El día 17 se encontraba en extremo postrado; todo su vigor había desaparecido; sus ojos no tenían ya aquel brillo de antes, su mirada ya no era penetrante sino lánguida, su pulso estaba casi perdido; todo, en fin, revelaba que la implacable segadora no se haría esperar. A la cabecera del enfermo se encontraba el doctor Réverend agotando los recursos de la ciencia, para salvar aquella preciosa vida; contaba una a una las pulsaciones del Libertador y tenía la mirada fija en el péndulo que estaba colocado en la pared, frente al lecho. De pronto aquel reloj, como si le hubiera impresionado la mirada indagadora y sostenida del facultativo se estremeció con un ligero ruido de escape producido en su mecanismo, y dio una campanada: eran las doce y media de la tarde.

La campanada dada por el péndulo resonó en los oídos del doctor como el pitazo de alerta que anuncia la partida de una nave....! En efecto, la que poco antes habíamos visto acercarse lentamente, impulsada por una brisa húmeda, se encontraba ya en el puerto y se preparaba a levar anclas. El pasajero que había de conducir ya estaba listo, pero aletargado por la tristeza enorme de las despedidas supremas. Cuando el doctor Réverend comprendió que ya era llegada la hora del trance fatal, de la eterna partida, entreabrió la puerta de la habitación, y dirigiéndose a los generales, edecanes y demás que componían el séquito de Bolívar exclamó: "Si queréis presenciar los últimos momentos del Li-

bertador, ya es tiempo". Acto seguido penetraron en el aposento y rodearon el lecho. Hagamos nosotros otro tanto, sobrepongámonos con un esfuerzo sobrehumano y penetremos también en aquella habitación para presenciar la última escena de la tragedia humana, que en esta ocasión se nos presenta tristemente grandiosa.

El silencio que reina es sólo interrumpido por la respiración estertorosa del moribundo y la oscilación del péndulo del reloj que repite sin cesar: nun....ca, nun....ca.

El doctor Réverend estaba colocado a la cabecera del lecho, examinando el ya muy tenue pulso del Libertador y tiene abierto en su mano el pequeño reloj de bolsillo en el cual cuenta los segundos; los generales, edecanes y demás que rodean el lecho permanecen estáticos, sin pronunciar una sola palabra, sin atreverse siquiera a mirarse. El péndulo parece encontrarse muy bien en medio de aquel espantoso silencio y prosigue incommovible repitiendo con acompasado movimiento: nun....ca, nun....ca, nun....ca. ¿Nunca qué? Nunca se detendrá en su infinita marcha! Nunca volverá a señalar en el cuadrante el tiempo que pasa, los instantes que se fugan.

De pronto se oye un suspiro tenue pero prolongado: los asistentes sobresaltados miran al doctor, de cuyo pecho se había escapado, y éste soltando la mano del héroe y con semblante demudado gime, más bien que pronuncia, esta sola palabra: "Terminó.....!" Terminó, sí, la vida del héroe de los héroes pero no su nombre ni sus glorias; el cortejo de los siglos venideros tapizará su tumba con laureles y cantará sus glorias con orgullo.

LA SALUD DE BOLIVAR, SEGUN SUS PROPIAS CONFESIONES

La salud de Bolívar dio siempre señales de un quebrantamiento penoso. A los veinte años de edad su exagerada sensibilidad agravaba las deficiencias funcionales a tal extremo, que en Viena se vio en los umbrales de la muerte, consumido por una fiebre cerebral. En carta que dirigía a Fanny de Villars, por quien sentía una pasión no disimulada, decía el joven emotivo: "Si queréis imponeros de mi suerte, lo que me parece justo, es menester que me escribáis; de este modo me veré forzado a responderos, **trabajo** que me resultará agradable. Digo **trabajo** porque todo lo que me obligue a pensar en mí, aunque sea por diez minutos, me fatiga la cabeza, obligándome a dejar la pluma o la conversación para tomar el aire en la ventana". Todos hemos sentido esta misma angustia en nuestro organismo; pero no tan tenazmente, ni con efectos tan desesperantes, como este que cita Bolívar en la confesión a la dama de sus embelesos. Si creemos en lo que aquel memorable documento descubre a nuestra curiosidad, el amoroso galán experimentaba tales punzadas que se le arrasaban en lágrimas los grandes ojos aterciopelados, bajo la acción de un recuerdo pasional. Don Simón Rodríguez confirmaba aquello en varias de sus conversaciones y en no pocos de sus escritos; lo cual coincide con este fragmento salido de la propia pluma de Bolívar: "Rodríguez pensaba hacer nacer en mí la pasión por las conquistas del entendimiento, a fin de hacerme su esclavo. Espantado del imperio que tomó sobre mí mi primer amor, y de los dolorosos sentimientos que me condujeron a la puerta de la tumba, se jactaba de que se desarrollaría mi antigua afición a las ciencias. . . ."

Era lógico que la roca de cristal donde se posaba el águila clangorosa del genio sintiera la vibra-

ción agitada de ésta, y aun se encontrase débil e inestable para soportar su vaivén arrebatado.

Calcúlense un momento los estragos que se causarían en el sistema nervioso del coronel Simón Bolívar, Comandante del Castillo y plaza de Puerto Cabello, cuando por infame traición de los suyos, pierde el 30 de junio de 1812, la fortaleza: "Mi corazón se halla destrozado con este golpe" dícele al coronel Miranda, y es de creerse que tanto como la pena del espíritu era de lancinante el dolor de sus sentidos. Por eso decía en la carta de 12 de julio de dicho año: "A esto se añade el estado físico de mi salud; después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenación mental". A pesar de la manía hiperbólica de Bolívar, estamos convencidos de que sus palabras descubren vagamente, como panorama a través de la niebla, la íntima realidad de lo que sucedió entonces.

Nueve años habían transcurrido en medio de todos los afanes y contratiempos, soportando hambres, lluvias, pestilencias, calores y transiciones bruscas, cuando Bolívar suspiraba por un reposo definitivo que le recompensara con creces sus fatigas y penalidades. En carta confidencial dirigida a uno de sus mejores amigos, don Fernando Peñalver, el 24 de mayo de 1821, le decía: "Terminada ésta (la guerra) podrán cesar mis facultades y todo lo más que se me quiera quitar, pues que mi intención es gobernar lo menos que me sea posible. Añado que mi salud está ya quebrada, que comienzo ya a sentir las flaquezas de una vejez prematura, y que por consiguiente nada me puede obligar a llevar más largo tiempo un timón siempre combatido por las olas de una borrasca continuada".

El hígado de Bolívar parece que no las traía todas consigo, y que su secreción se hallaba sometida

da a las alternativas de la guerra y de su propio temperamento arrebatado y acometivo. Es memorable el terrible cólico hepático que soportó dos semanas antes de la entrevista con Morillo. Para preparar el armisticio que se proyectaba el jefe español comisionó al coronel Pita para conducir los pliegos y ponerlos en manos del Libertador. Este se había mostrado afable hasta el momento en que Pita le sugiriera, a nombre de Morillo, la conveniencia de que las tropas americanas se retirasen a sus posiciones de Cúcuta. Con los puños en alto, pateando energumeno y lívido de rabia, mandó a Pita que se apartase de su vista, por atreverse a faltar a la dignidad del rescatador de un pueblo.

Nunca pensó que viviese menos de sesenta años, aun en aquellos trances de desfallecimiento y pesimismo. En junio de 1822 escribió a los hermanos Toro, desde Quito: "Yo me debo a mí mismo la separación de los negocios públicos, porque habiendo encanecido en el servicio de la Patria, debo dedicar el último tercio de mi vida a mi gloria y a mi reposo". El mismo no sabía hasta dónde le fuera necesaria esta tregua, y por ello añadía "pero puedo asegurar que mis sentidos me piden descanso, y que cierto intervalo puede volverme a la aptitud que empieza a faltarme".

El hombre invencible, el varón muscular, el garrido soldado, sentía terror por los avisos que da la naturaleza para recordarnos que la vida es breve. Cuando en 1821 comenzaron a destacarse los primeros hilos de plata sobre la seda castaña de su cabellera, pidió a su barbero que se la tumbase al rapé y en adelante se la dejara corta en vez de la alborotada y larga que hasta entonces traía. El desarrollo pulmonar de Bolívar no debió ser normal. El general O'Leary dice al respecto: "Tenía el pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas sobre to-

do". Lo confirma el hecho de haber tenido una voz demasiado atiplada y penetrante, no obstante la autoridad que comunicaba a su acento. Sobre este particular y refiriéndose a la sangrienta defensa de Angostura, dice el militar español don Rafael Sevilla, en sus celebradas memorias: "Eran las diez de la noche; la luna acababa de salir y lanzaba sobre nosotros sus apacibles resplandores que comunicaban un brillo de plata a las aguas del Orinoco. A aquella hora sentimos un tiroteo por la parte opuesta de la ciudad. No hagamos caso, dijo Echeverría. Quieren llamarnos la atención por aquel lado para que desamparemos la batería. Mediaron cinco minutos de un silencio interrumpido sólo por ligeras descargas. Entonces una voz chillona pero de timbre imperativo, y como acostumbrada al mando se oyó cerca de nosotros, de la parte exterior de la trinchera, gritar: "Avancen, avancen, avancen".

Aquella era la voz del temerario Bolívar.

Diferentes ensayos se han hecho sobre la actividad nerviosa y sobre la marcha funcional del organismo de éste, para deducir consecuencias relacionadas con su genio, y muchas son las leyendas que corren sobre la salud precaria del Libertador. Temerosos de incurrir en ligerezas, dando crédito a divagaciones de la fantasía popular, nos hemos limitado a lo que pudiéramos llamar el testimonio de sus propias confesiones.

Intencionalmente no hemos querido llegar hasta la vía dolorosa de San Pedro Alejandrino, por ser esto parte de una tragedia casi ajena a la que encarnó la vida Bolívar. Cuando se habla de la redención del género humano, se marca un límite abrupto entre la predicación de la doctrina purísima de Jesús y su muerte colmada de suplicios, de ofensas, de lágrimas. Es cierto que la epopeya colombiana amantó con sus pechos la tragedia del Libertador y

que ésta no hubiera alcanzado las proporciones máximas de crueldad, si los oficiantes bajos de la primera no le hubiesen hecho apurar, como a Sócrates, la copa de la cicuta.

No podemos, sin embargo, renunciar a referir por qué el genio de la Gloria americana exhaló su último aliento en tierra colombiana, cuando por propio y aterrador presagio, aquél debía morir de tristeza y de miseria en los países extranjeros. Este incidente curioso, que hace parte del anecdotario de Bolívar, se halla confirmado por éste en una de sus postreras cartas.

Decidido el Libertador a marcharse de Colombia, huyendo de los tiros ocultos de la ingratitud y de la perfidia, dirigióse a Cartagena a donde debían llegarle sus papeles y alguna suma con qué atender a sus necesidades. Un barco inglés le conduciría a Londres. En el mes de junio de 1830 tocó el buque en la ciudad heroica. Agotados los preparativos para la salida, subió Bolívar a la borda, pero al ver éste una bullanguera muchedumbre de mujeres que iban a hacer la travesía con él, en calidad de emigrantes, dio un paso atrás y dijo con resolución: "Muchoş las amo, pero no en esta confusión de cotorras. Prefiero el barco que sigue". Hé aquí cómo relata este singular episodio, en la carta dirigida a don Joaquín Mosquera, presidente de la República en la fecha.

"He recibido por el último correo mi pasaporte para salir de Colombia, y luégo, al punto, me vine con la mira de embargarme en un paquebote inglés que está fondeado aquí, pero ya la cámara estaba ocupada con una porción de señoras. Además, el tiempo era demasiado angustioso para arreglar todo y no me pareció decente marchar en medio de una emigración de mujeres. Sólo huyendo pudiera parecer esto natural".

De este rasgo de buen humor a la hora de la suprema liberación del alma, apenas mediaron pocos meses.

Miguel Aguilera

EL TAMARINDO PROCERO

Tristes días de diciembre del año 30. El libertador, huésped de don Joaquín de Mier, ocupaba la casa Quinta "San Pedro Alejandrino". Era su andanza final. La púrpura de toda su gloria palidecía en la agriedad de las ingratitudes. Aquel Cóndor de la epopeya plegaba sus remos caudales fatigados por el frío eterno ya cercano. Sus grandes vuelos bravíos y heroicos, que fueron aletazos de asombro en Carabobo, Boyacá y Junín, finaban frente al Mar, menos grande que su apodo; cara al Sol menos luminoso que su nombre!..... Y tritise, y solo, cual otro Jesús que se hundía en el dolor de su Getsemaní, bajo la fronda del Tamarindo sagrado, melancolizaba la grandeza de sus decepciones. ¡Toda su obra le parecía un arado en el mar!

Cómo allí, sentado bajo la fronda del árbol centenario, desfilarían por su pensar los recuerdos de tantos años de lucha y de odisea..... Y el árbol le brindaba la frescura de su sombra. Cuántos pensamientos pesarosos se arremolinarían en tropel en aquella "Cabeza de los milagros!", desde los días del Aventino hasta aquellos momentos en que presentía ante sí lo Arcano, que de instante en instante lo amenazaba ya.

Fugaces, en luminosa teoría, como en los vuelos de un torbellino épico, desfilarían ante su imaginación las cargas de Pantano de Vargas, y el día de Angostura, proclamando el Congreso, su ideal de la Gran Colombia, y los llaneros en vértigos heroicos sobre la pampa de Carabobo, y el es-